LA DECONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO HEGEMÓNICO A TRAVÉS DEL CUERPO Y MEDIOAMBIENTE EN *LA CARGA* DE JUAN TOMÁS ÁVILA LAUREL

POR

NICOLE D. PRICE
Northern Arizona University

En su primera novela, *La carga* (1999), el autor guineoecuadoriano Juan Tomás Ávila Laurel *writes back to the Empire*. Al criticar a España por su proyecto colonizador, mismo que en cierta forma todavía existe, cuestiona la imagen de la antigua colonia y los colonizados. Para Ávila Laurel esta Historia o “historia oficial” de su país escrita por los colonizadores carece de la verdad en cuanto al pueblo guineoecuadoriano y por eso se encarga de aclarar los hechos al escribir otra “historia oficial” desde el punto de vista africano. Según Marvin A. Lewis en su libro *An Introduction to the Literature of Equatorial Guinea: Between Colonialism and Dictatorship*, *La carga* [como indica el título de la novela] “... symbolically, bears the metaphorical weight of imposed Spanish colonialism upon Equatorial Guinea” (184) y la subversión del modelo europeo de la narrativa histórica para Ávila Laurel es su manera de quitarse la carga producida por el colonialismo y recuperar su pasado (o historia) africano. De manera semejante Elisa Rizo, en su artículo “*La carga* de Juan Tomás Ávila Laurel: novela historiográfica poscolonial guineoecuadoriana”, dice que el esfuerzo de Ávila Laurel “reclama el derecho de los habitantes de Guinea Ecuatorial para construir su propia versión de la historia y, al hacerlo, utilizar una retórica independiente del discurso historiográfico eurocentrista” (197). Para ambos, Lewis y Rizo, Ávila Laurel desafía la legitimidad de la narrativa histórica hegemónica al crear un tipo de “contra-texto”.

Mientras el tema de la incorporación del *counterhistory* y el contra-discurso en *La carga* como una crítica del discurso tradicional y a la vez la creación de otro discurso válido desde la perspectiva del colonizado que recupera la historia “olvidada” es sin duda el tema más destacado de la novela, este presente estudio quiere enfocar otro aspecto del pos-colonialismo relacionado al contra-discurso –la representación metafórica del esfuerzo colonial representada por el personaje del lugarteniente Navarro y sus relaciones con los personajes femeninos y por el medioambiente–. La transformación del cuerpo de Navarro y la deforestación llegan a ser simbólicas en cuanto al (sub)desarrollo de la colonia. Los personajes de Navarro, la española Ana Villamar y las mujeres africanas

Rambé y Utondi son de mayor interés porque la relación entre ellos simboliza la explotación colonial a la cual Ávila Laurel desafía con su novela. De manera semejante, la transformación del medioambiente de su estado pre-colonial a su estado pos-colonial es paralela a la explotación humana. El resultado es una obra que destaca el fracaso del proyecto colonizador al disminuir el poder del discurso hegemónico europeo mientras reconstruye la identidad histórica guineoecuatorial.

LA DECADENCIA DE NAVARRO COMO METÁFORA DEL COLONIALISMO

El autor presenta al personaje de Navarro, representante del poder hegemónico europeo, “la cabeza visible de la metrópoli” (Ávila Laurel 35) y cuya decadencia en carácter a lo largo de la novela representa la decadencia del poder colonial, en el segundo capítulo de la novela “En lugar de otro”. El propósito de tal capítulo es establecer el carácter europeo y civilizado de Navarro, que Ávila Laurel va subvirtiendo a lo largo de la novela. La descripción subraya “lo civilizado” del lugarteniente:

Por su condición de máxima autoridad, pocas veces hablaba en la oficina de temas que no fueran estrictamente administrativos. Contestaba los saludos de los nativos con una ligera inclinación de cabeza y gustaba de responder, apoyar o asentir con gestos y movimientos de cabeza. Sólo se reía abiertamente cuando estaba en compañía de otros paisanos, limitándose a sonreír discretamente cuando trataba con los nativos. (35)

Al mantener su distancia de los nativos, Navarro muestra que todavía se identifica con lo europeo aunque vive en África. Navarro, como el colonialismo, es algo ajeno que está “en lugar de otro” como indica el título del capítulo. Sin embargo, Ávila Laurel abre la puerta a la posibilidad de transformar esta identidad al darle el título de lugarteniente que refiere al hecho de que Navarro, de alguna manera, no es auténtico. Ávila Laurel dice que “[...] se referían a él [Navarro] como Lugarteniente del Gobernador, quien hablaba y hacía las cosas que haría y hablaría éste si la geografía no hubiera dotado de mejores condiciones a otra zona, condiciones que la hacen apetecible e idónea al Gobernador para sentar plaza” (35). Navarro no es el Gobernador, sino un sustituto, alguien con una identidad prestada. De manera semejante, la colonia tampoco es la metrópoli, sino su representante. Así que Ávila Laurel establece un paralelismo entre Navarro a la colonia de Río Benito y las transformaciones que tienen lugar en el cuerpo de Navarro para reflejar los mismos cambios en el cuerpo político de la colonia. Por eso, es importante que Ávila Laurel establezca una identidad europea algo subvertida en Navarro porque le provee la base para la deconstrucción del discurso colonial representado por el lugarteniente.

El personaje del lugarteniente resulta ser muy útil para Ávila Laurel porque con

Navarro el autor puede criticar el discurso dominante en tres maneras distintas. En primer lugar, utiliza el humor irónico para subrayar las fallas de los europeos y sus instituciones. Al enterarse de la muerte de Manuel Mangule, el padre de Rambé, Navarro decide donar sus reservas de comida, incluso el pan rancio, a la familia de éste. Esta generosidad no es sincera porque la hace al creer que viene otro barco de España con reservas frescas. Cuando se entera de que el barco sólo lleva máquinas de construcción, Navarro se encuentra en un apuro grande. Ávila Laurel subraya la naturaleza engañosa del discurso colonial aún más cuando Navarro piensa en pedir ayuda de la Iglesia Católica la que al final rechaza:

[...] pero como hombres de Dios, deben practicar de vez en cuando la caridad y la ocasión se les presenta cuando llegan nuevos alimentos; abren sus despensas y sacan unos panes más mohosos que una selva, y mientras lo reparten a estos indígenas, aprovechan el tiempo para decirles unas cuantas cosas sobre la vida cristiana y la sana moral. No quiero que me digan nada sobre mi vida. (37)

Navarro reconoce la hipocresía de la Iglesia porque hace la misma cosa que él. Aunque es una crítica fuerte en contra del colonialismo y sus instituciones, el tono irónico subvierte el poder colonial porque disminuye los esfuerzos de caridad que el discurso colonial enfatiza como parte de su deber de “civilizar” al mundo. En realidad el autor se burla de la naturaleza insalubre de los españoles al guardar comida podrida y así tacha la imagen creada por ellos de ser los “civilizados”.

Segundo, a lo largo de la novela, Ávila Laurel presenta una imagen de Navarro menos y menos “civilizado” hasta que en la última anécdota relacionada con él lo lleva al otro extremo del discurso colonial –el “barbarismo”. En el capítulo titulado, “Cauces comunes,” el autor insinúa que Navarro sufre de una enfermedad sexual y que ha transformado mucho físicamente:

[habla el doctor Ramírez] –El asunto no es grave; casi todos los hombres hemos tenido nuestro “bautismo” en estas tierras [...] Por otro lado, el señor Navarro cree, y tiene algo de razón, que los jerifaltes de la Comisión no verán con buenos ojos el hecho de que un comisario abandone su destino por enfermedades de este tipo. [...] –Agentes bacterianos que abundan en los países cálidos y que afectan los genitales de hombres y mujeres que han estado o están en estos países. Es una enfermedad tropical. (64, 66-67)

El médico alude a que la enfermedad que tiene Navarro es una que se asocia con la inmoralidad y la gente de “países cálidos”, es decir, los indígenas “no civilizados”. El hecho de que Navarro se enferma de esa manera indica una vez más que se hace más “bárbaro” y menos “civilizado”. Es notable que Ávila Laurel decida enfocarse en el cuerpo de Navarro, el personaje que representa la colonia, para criticar el discurso hegemónico en vez de los cuerpos de los personajes femeninos en la novela. En general,

desde el punto de vista poscolonial, el cuerpo del colonizado resulta ser sumamente importante porque:

The ‘difference’ of the post-colonial subject by which s/he can be ‘othered’ is felt most directly and immediately in the way in which the superficial differences of the body and voice (skin colour, eye shape, hair texture, body shape, language, dialect or accent) are read as indelible signs of the ‘natural’ inferiority of their possessors... In a more general way the ‘fact’ of the body is a central feature of the post-colonial, standing as it does metonymically for all the ‘visible’ signs of difference, and their varied forms of cultural and social inscription, forms often either undervalued, overdetermined or even totally invisible to the dominant discourse. (Ashcroft 289)

En el discurso dominante, el colonizador crea su propia identidad de superioridad al determinar que lo que no es como él en cuanto a lo físico y lo cultural es inferior. A través de varias formas de la deculturación (la educación, la religión, la política, etc.) los colonizados aceptan la nueva dinámica y así perpetúa el discurso dominante. Cuando los colonizados se deciden a resistir este discurso y crear su propia identidad, muchas veces el cuerpo (y la voz) del colonizado/víctima juega un papel importante en la literatura que producen porque “[a]t a further metaphorical level the body and the voice often become the sign in post-colonial written texts for alter/native cultures which can only exist within the written as a disruption or a gap, simultaneously unbridgeable and yet bridged by the written word” (290). Es decir, en la literatura poscolonial, el cuerpo y la voz del colonizado sirven como artificios que relatan la historia del “Otro” y así le dan una identidad diferente de la identidad impuesta.

En el caso de *La carga*, sin embargo, el autor utiliza el cuerpo de Navarro, el representante del poder colonial, para subvertir el discurso dominante. La imagen de un Navarro enfermo y débil contrasta mucho con la imagen del europeo superior que presenta al principio de la novela. Ávila Laurel ha cambiado la dinámica del discurso colonial. En vez de mantener su identidad europea la cual lleva con ella la idea de la superioridad cultural, Navarro lentamente se transforma en lo que el discurso dominante se consideraría inferior, o sea “Otro”. Al final de la novela Navarro ni se viste a lo europeo: “En vez de los pantalones, el alto funcionario tenía atado a la cintura un trozo de tela que se recordaba a los nigerianos de aquella época” (76). La manera en la cual se viste es una manifestación física de la posición social de una persona “[a]s such, what the gentleman wears is by no means accidental; through his apparel, he partakes in a system of signification that assigns to him a certain place in the social order according to his outward appearance” (Scholz 18). Al vestirse de una manera “nativa”, Navarro esencialmente se hace “el Otro”. La transformación de “lo civilizado” a “lo bárbaro” se hace completa cuando el gobierno español prohíbe su regreso a España a causa de su enfermedad. Como es representante del poder colonial y por lo tanto símbolo de

él en la novela, se deduce que la decadencia de Navarro física y moralmente refleja lo mismo en el colonialismo. Ávila Laurel muestra en la representación de Navarro el resultado del colonialismo. Cuando la colonia ya no sirve como útil para la metrópoli (enfermo en el caso de Navarro y exhausta de recursos naturales en el caso de Mbini), los colonizadores la abandonan bajo el pretexto de libertad y dejan que los colonizados resuelvan los problemas creados por el mismo colonialismo. Las anécdotas de Navarro producen puntos débiles en el discurso histórico hegemónico y como resultado forman parte de la *counterhistory* a la cual refieren Lewis y Rizo.

NAVARRO Y LOS PERSONAJES FEMENINOS – LA CARGA HISTÓRICA DEL COLONIALISMO

La tercera muestra de la crítica del discurso colonial en la cual Ávila Laurel utiliza la deconstrucción de Navarro es presentar la relación entre Navarro y los personajes femeninos a través de la anécdota de las niguas, un tipo de insecto que infecta las extremidades. Como ha plantado la imagen “civilizada” de Navarro en la primera parte de la novela, el autor incorpora el humor cuando presenta a Navarro quejándose de que los pies le duelen y le pican mucho. Al oír esta información, los niños se mueren de risa al decir “¡Oh, ntagani ae na isoó!,” es decir, “¡Oh, el blanco tiene niguas!” (Ávila Laurel 41). El problema es irónico porque la única manera de contraer una infección de niguas es andar descalzo en la tierra. Los niños reconocen inmediatamente el problema porque es una enfermedad de la pobreza al no tener suficientes recursos económicos para comprar zapatos. El hecho de que Navarro sufre de esta infección muestra que no se porta de una manera “civilizada” porque es evidente que no siempre lleva zapatos. A pesar de su comportamiento no “civilizado” Navarro se sigue considerando superior: “Y su dolor no era sólo físico sino por la afrenta que suponía albergar tales bichos precisamente un pie tan privilegiado” (41). Las niguas, sin embargo, no distinguen entre los pies “privilegiados” de los europeos y los de los indígenas “inferiores.” La jerarquía colonial a la cual Navarro adhiere se basa en las dicotomías de raza (europeo/africano) y género (hombre/mujer). Navarro, siendo blanco y varón ocupa la posición más privilegiada y por eso acercarse a él parece la única manera de mejorar su situación desde el punto de vista de los demás grupos. Dentro de estos grupos, la que ocupa la posición más inferior es la mujer africana: “African females were colonized by Europeans as Africans and as African women. They were dominated, exploited, and inferiorized as Africans together with African men and then separately inferiorized and marginalized as African women” (Oyewùmí 122). Cuando el problema de las niguas se presenta, las familias de las africanas Rambé y Utondi lo ven como una oportunidad de escaparse de la pobreza y miseria. Las mujeres, sin embargo, no tienen ninguna voz en cuanto a su futuro. En el caso de Rambé, su tío la “regala” a Navarro aunque ésta tiene un novio:

Repuesto de su súbito rubor, escuchó atentamente las indicaciones del señor Mungule sobre la causa de su dolencia y el remedio, poniendo él a la disposición del dignatario a su sobrina Rambé para ayudarle en el tratamiento [...] – ¿Cuántas personas necesitará para sacarle niguas? ¿Por esto has obligado a la pobre niña a romper con su novio porque quieres que esté al lado del blanco? (41, 45)

En el caso de Utondi, ésta tiene que dejar la escuela para pasar el día con Navarro. Además de limpiar las niguas de los pies de Navarro, es evidente que las dos “limpianiguas,” usando el término de Elisa Rizo, también son víctimas de la explotación sexual. Se revela al final de la novela que Navarro tiene planes a abandonar la colonia y regresar a España. El pánico crece en las familias de Rambé y Utondi porque temen que las abandone porque “– Es que en la tierra de los blancos no hay niguas” (78). La madre de Rambé quiere explicarle a su hija que para acompañar a Navarro, ella tiene que tener algo importante para él:

–Para que te lleve, hija, debes llevar contigo una carga, algo; no sé, pero algo.

–Una cosa que [...] (y gestos y ademanes para explicar esto que no quiere expresar, ora porque no tiene mucha seguridad, ora porque se espera que otro o todos, lo digan la equitativa repartición de las responsabilidades derivadas de su puesta en práctica. (78-79)

Lo que la madre quiere decir es que para que la lleve a España es “for the daughter to have a child by Navarro will bind him physically, if not morally, to Rambé and Utondi and to Africa” (Lewis 183). Las dos cumplen con el plan y producen “su preciada carga en forma de dos preciosísimos rorros, fiel retrato de su preclaro progenitor” (Ávila Laurel 79). Piensan que sus hijos obligarán a que Navarro les lleve a España y así a la libertad. Irónicamente, Navarro no puede regresar a España debido a su enfermedad y tiene que quedarse en Río Benito. Su plan de escape no se realiza. La relación entre Navarro y Rambé y Utondi simboliza la carga del título de la novela:

At the end of the novel the symbolism of the title as metaphor for the role of the two Black women becomes clear as the burden of colonialism weighs heavily upon them and subsequently determines their future. (Lewis 182)

No sólo determina su futuro sino el de las futuras generaciones también como se ve cuando el ejército español recluta a los hijos de Rambé y Utondi para servir la metrópoli y así se repite el ciclo empezado por el padre de Rambé, Manuel Mungule.

El otro personaje femenino, la española Ana Villamar, tiene dos papeles distintos en la novela. Su papel principal es, como en el caso de Navarro, darle a Ávila Laurel otra oportunidad de deconstruir el discurso hegemónico de la superioridad del europeo frente al indígena y también revelar la verdad sobre el colonialismo. Su papel secundario es proveer el blanco que unifica a las africanas en su plan de escape con Navarro. Villamar,

la mujer misteriosa que aparece al comienzo de la novela, viene a Guinea Ecuatorial bajo el pretexto de ser maestra aunque no hay prueba de sus méritos:

En aquel tiempo, no se necesitaba mostrar el diploma que acredite ningún saber, pues todos los blancos sabían y ser blanco ya era suficiente para ocupar una cátedra en cualquiera villa con gente capaz de aprender de memoria los nombres de los reyes godos y los ríos de España por orden alfabético. (37)

Además de plantear dudas sobre la inteligencia de los europeos, el tono irónico también critica la calidad de educación colonial que reciben los colonizados. La anécdota sigue con el paseo que Villamar da en el bosque:

Su aura personal llegó al tal extremo que una vez paseando entre árboles sintió la plenitud vesical, y no habiendo causa que le impedía satisfacer esta necesidad fisiológica, se aflojó los vestidos y se agachó para dar salida a las aguas. Cuando hubo terminado y ya se disponía a atar los cinturones, fue sorprendida por unos lugareños. Aunque ya no estaba desnuda, éstos comprendieron que quien ata desató. (38)

Después de presenciar esto, los testigos van al sitio para tocar la tierra mojada para asegurarse de lo que habían visto. La anécdota muestra que las funciones fisiológicas nos igualan todos. No importa la posición social, todos los seres humanos comparten esta necesidad. En esta escena de la novela, aunque Ávila Laurel se enfoca en el cuerpo, o sea, las funciones del cuerpo de Villamar, la decadencia que se ve en el tratamiento de Navarro no está presente. Villamar, siendo mujer, representa otro grupo marginado en el discurso dominante. No tiene tanto poder que Navarro pero como es europea tiene más opciones que Rambé y Utondi porque todavía es representante de la cultura dominante.

Ávila Laurel también utiliza a Villamar para revelar el propósito verdadero del colonialismo en el capítulo “Duralex”. Aunque ambos Villamar y Navarro, representan el discurso dominante, Villamar también es parte de un grupo marginado lo cual la hace más capaz de criticar su propio discurso. La verdad se muestra en la conversación entre Ana Villamar y el enfermero Galván cuando éste revela sus sentimientos sobre los africanos: “– Mira, señorita. Estoy cansado de todos, tanto de blancos que de los negros, estos zafios patanes. Jamás veré a gente tan [...]” (70). La reacción de Ana Villamar a la declaración de Galván parece a primera vista en defensa de los africanos: “– En lo que se refiere a los negros, creo que tienes problemas” (70). Dice que los africanos realmente no necesitan a los europeos para sobrevivir en su propia tierra y que de hecho son los europeos que deben agradecerse a los africanos por ayudarles a sobrevivir en estas tierras ajenas. Sin embargo, son los europeos que vienen con las intenciones de “civilizarles” y destruir todo que perciben “no civilizado”. El clímax de su defensa de los africanos llega cuando dice:

Aquí comen y beben sin llamarnos para nada y resuelven los problemas que les sobrevienen. Nosotros, los blancos, hacemos los mismo; entonces ¿por qué los consideramos peores que nosotros? No sé porque se cree que deben saber lo que sabemos cuando nunca lo han vivido. ¿Acaso no piden ellos que sepamos hacer lo que hacen? (71)

El discurso de Ana Villamar le da la impresión al lector que ella ha visto la luz de la verdad que menciona Ávila Laurel al principio del capítulo. Parece subvertir el discurso europeo sobre la inferioridad de los africanos. Desgraciadamente, su momento pasa porque defiende el propósito religioso del colonialismo:

[...] Y te quiero decir que con independencia de lo que creas, la cruz es lo único que justifica la presencia colonizadora en estas tierras. Lo único que justifica nuestra presencia aquí es el hecho de recordarles a estos que tenemos algo en común: Dios [...]. Si tú y yo no demostramos que para nosotros es importante lo que predicamos nuestros hermanos, no podría sostenerse la idea de la colonización, por lo que nos veríamos obligados a marcharnos. (72)

Ana Villamar nos demuestra que tampoco puede escaparse de sus orígenes imperiales. No considera el propósito religioso del colonialismo como algo que explota como el propósito económico. Sin embargo, para el colonizado una imposición lo es sea religiosa o económica. Ana Villamar cree en el discurso religioso sobre las ventajas del colonialismo. A pesar de su ingenuidad de creer que no hay un impacto negativo en imponer su fe a otros y hasta un punto su creencia de la superioridad de los europeos frente a los africanos, Ana Villamar sí reconoce que el colonialismo deja una huella marcadamente dañosa en el colonizado:

Sólo quedará en ellos el recuerdo de que hemos estado aquí, y no sólo seguirán siendo zafios patanes sino que a su ignorancia natural y ancestral añadirán los errores que aprenderán de nosotros; así, ni serán civilizados no seguirán siendo puros como ahora. Esto, así, con argumentos y razonamientos, no se puede decir en ningún lugar; y me olvidaba: la tierra que les dejaremos será otra. (72)

Lo que dice es lo que ha ocurrido en Mbini. Los habitantes de Mbini, como Ávila Laurel ha ilustrado en su novela, se encuentran en una situación peor que la colonia de Río Benito. Lo que el autor nos muestra es que los guineoecuatorianos encargados del país independiente actuales (como Teodoro Obiang Nguema) sí han aprendido de los errores de los colonizadores y son aun más crueles. La última parte del discurso de Ana Villamar netamente revela la verdad escondida del intento colonizador europeo: “Venimos principalmente porque ya no queda nada sin dueño en Europa y lo que hay aquí, aunque es de estos negros, todavía podemos cogerlo sin que ellos se den cuenta y

se enfaden” (75). La avaricia es el impulso verdadero tras el colonialismo. Después de disputar por siglos las fronteras del continente europeo, todavía querían más. Ya han conquistado las Américas y ahora les toca el continente africano. La avaricia es lo que motiva el colonialismo/imperialismo.

La relación entre Navarro y las africanas y Ana Villamar resulta importante en la crítica de Ávila Laurel porque subraya el impacto destructivo y divisivo del colonialismo. El capítulo “Cauces comunes” comienza con un discurso sobre los ríos y sus afluentes que sirven como metáforas para los pueblos. Dice que aunque parece lógico que cada río (pueblo) tenga su propio curso, hay veces en las cuales los ríos tienen que compartir los cauces y este encuentro muchas veces causa conflictos (ex. el colonialismo):

Quando eso ocurre, los entendidos o interesados en corrientes y humedades hablan de afluentes y subafluentes. Todos los ríos son orgullosos de sus aguas, pero cuando hablan de estos términos suele prevalecer el nombre del río más famoso, en detrimento de las aspiraciones de los chicos, a los que aluden siempre en segundo plano. (62)

El conflicto al cual refiere Ávila Laurel tiene dos partes. La primera es el encuentro entre los colonizadores europeos y los sujetos indígenas, en este caso los africanos. Cuando los europeos “descubrieron” nuevas tierras siempre les dieron nombres para que existieran en su historia. Así, el espacio africano llega a ser un lugar europeo y por eso este lugar se asocia para siempre con lo europeo como un “subafluente” de la historia hegemónica. Su identidad original toma segundo lugar o se desaparece en el olvido europeo y las naciones africanas que son más pequeñas y menos poderosas pierden a las naciones europeas más grandes. La segunda parte del conflicto (el colonialismo) tiene consecuencias aun más dañosas para los “subafluentes” (los colonizados):

Pero lo que nunca ha sido tratado por ninguna rama del saber es el grado de resentimiento que sufren los afluentes cuando descubren cómo el hermano mayor se hace famoso con aguas ajenas. Y como consecuencia de este olvido, nadie ha prestado atención a los pequeños calores que se desprenden de las aguas comunes cuando dos o más ríos se ven obligados a compartir aguas. (62)

El colonialismo es un acontecimiento divisivo porque para controlar a los colonizados es necesario dividirlos. El colonizador favorece a los que lo apoyan y castiga a los que no. El grupo que se hace alianza con el colonizador empieza a sentirse superior a sus hermanos (aunque para el colonizador nunca se ven como iguales) y esta actitud causa el resentimiento y la división como Ávila Laurel muestra en el dispueto entre las familias de Rambé y Utondi sobre cual de ellas merece ser la “limpianiguas” personal de Navarro. Es importante para las dos familias que sus hijas tengan contacto con Navarro porque la relación puede beneficiarlas con comida y protección. En vez de juntarse para

luchar en contra del colonialismo, dejan que el colonialismo se aproveche de ellos y los divide. Sólo se juntan cuando ven a Ana Villamar, quien le cuida a Navarro cuando se entera de su enfermedad sexual, como una amenaza a su plan de escape. Galvanizan los esfuerzos en contra de Villamar porque se dan cuenta de que a pesar de su posición como “limpianiguas”, en la jerarquía colonial, la mujer europea ocupa un rango más alto:

Thus, in the colonial situation, there was a hierarchy of four, not two, categories. Beginning at the top, these were: men (European), women (European), native (African men), and Other (African women). Native women occupied the residual and unspecified category of Other. (Oyewùmí 122)

Desgraciadamente, dirigen su ira al enemigo equivocado. Lo que no saben Rambé y Utondi es que Villamar también es una víctima de Navarro porque su propósito verdadero para viajar a la colonia es buscar al hombre que les había abandonado a ella y a su hijo: “Sólo él [el cura] sabía lo de su amor frustrado con el señor Navarro y de la existencia de un hijo. Y sólo él sospechaba que su venida a África era para luchar por este amor que todavía consideraba posible” (77). La realidad es que Villamar tiene más en común con Rambé y Utondi de lo que ellas piensan.

EL MEDIOAMBIENTE — OTRA VÍCTIMA DEL COLONIALISMO

Aunque es un tema limitado, el tratamiento del medioambiente en la novela resulta importante porque refleja el mismo tratamiento del colonizado por parte del colonizador. La naturaleza, como el ser humano que es considerado como el “Otro” (mujer, indígena, etc.), es víctima del colonialismo porque para los colonizadores, la naturaleza existe sólo para proveer recursos naturales para la sobrevivencia del ser humano. El ser humano no considera la naturaleza como una entidad viva con su propia sistema y cultura. Según Val Plumwood esta falta de consideración se llama *hyper-separation*:

Hyper-separation is an emphatic form of separation that involves mucho more than just recognizing difference. Hyper-separation means defining the dominant identity emphatically against, or in opposition to, the subordinated identity, by exclusion of their real or supposed qualities. The function of hyper-separation is to mark out the Other for separate and inferior treatment [...] They [the colonizers] may ignore or deny relationship, conceiving the colonized as less than human [...] Similarly, the human ‘colonizer’ treats nature as radically Other, and humans as emphatically separated from nature and animals. From an anthropocentric standpoint, nature is a hyper-separate lower order, lacking any real continuity with the human. This approach stresses heavily those features that make humans different from nature and animals. (504)

La relación entre el ser humano y la naturaleza es paralela a otras relaciones binarias que el colonizador utiliza para crear una identidad de superioridad – europeo/indígena (africano), hombre/mujer, civilización/barbarie, nosotros/el “Otro”. La naturaleza “[...] is represented as inessential and massively denied as the unconsidered background to technological society” (Plumwood 505). Es decir, el colonizador no considera el impacto negativo que puede tener en el medioambiente porque no considera la complejidad de su sistema. Es simplemente otra cosa que conquistar. Así que el colonialismo del medioambiente paralela el colonialismo de pueblos porque el colonizador tampoco considera su impacto negativo en los pueblos indígenas. En *La carga*, Ávila Laurel muestra el abuso y la resistencia de la naturaleza a través de su descripción de la deforestación de Río Benito:

En Río Benito de aquel entonces, nadie prestaba atención a las toneladas de madera, que tras ser bautizadas en las aguas, se embarcaban en los centenares de gabarras que había en la costa. Nadie abría su boca para decir ninguna palabra sobre tala indiscriminada, la reforestación o ni siquiera mentar algo de los dividendos; la madera no tenía precio y su tala no perjudicaba a nadie. (26)

La ironía de esta descripción de la destrucción del medioambiente es que es paralela netamente a la decadencia del cuerpo de Navarro. La tierra y el cuerpo llegan a ser símbolos de la decadencia del colonialismo. La transformación de lo “civilizado” a lo “bárbaro” en Navarro coincide con la revelación de que el propósito verdadero del colonialismo no es “civilizar” sino aprovecharse de lo que pueden dominar –los indígenas africanos y el medioambiente. Ávila Laurel muestra que mientras la deforestación produjo gran riqueza para los colonizadores, sólo hizo daño a los habitantes africanos. Ávila Laurel relaciona el pasado colonial al estado actual de Mbini al mencionar que la práctica de la deforestación sigue pero ahora los caminos están tan llenos de polvo que para evitarlo la gente tiene que esconderse al lado del camino. El polvo es el resultado de la tala de los árboles sin replantarlos durante el colonialismo. Lo que queda es un suelo árido e inútil para los habitantes. Además de no poder usar la tierra, los habitantes tampoco pueden aprovecharse de la madera:

Cuando los habitantes del lugar ven pasar los camiones de madera, se apartan del camino para no ser bañados por el polvo, y lejos del peligro, hacen cuentas de las casas que se podrían construir con un solo tronco de los pesados camiones; si es uno de los aficionados a los ruidos de otras emisoras, su cálculo se hace más complejo; aparte de las casas, incluirá escuelas con comedores y pupitres, para que los niños no tengan que sufrir para aprender que el color verde de nuestra enseña representa todas las ventanas rotas, todos los pupitres roídos y las mesas carcomidas de los maestros, que no se hacen simplemente porque la bandera no es de madera. (32-33)

El color verde en este pasaje tiene un sentido doble: representa los árboles que los africanos no pueden usar para mejorar su nivel de vida y también representa el dinero que ganan los extranjeros en la explotación forestal. Dice que “la bandera no es de madera” que quiere decir que como la bandera representa al pueblo guineano, ellos no reciben ningún beneficio de la explotación. Durante el colonialismo, los españoles se aprovecharon de sus bosques y actualmente es el gobierno corrupto de Teodoro Obiang Macías que se aprovecha de los bosques y otros recursos naturales como el petróleo, pero en ningún caso se ha aprovechado de sus propios recursos el pueblo guineano. De nuevo Ávila Laurel subraya la índole destructiva del colonialismo.

Al terminar la novela, Ávila Laurel nos muestra que el impacto del colonialismo tiene una índole circular. Concluye su la novela con este tono pesimista para advertir al lector que el legado colonial se perpetua aun en las generaciones futuras, como los hijos de Rambé y Utondi, porque su impacto no sólo es físico sino también psicológico y cultural. Es imposible borrar por completo porque ya es parte de lo que son. Sin embargo, Ávila Laurel demuestra con su novela que tener un legado colonial no es un permiso de ser pasivo, al contrario. Es una oportunidad de recuperar lo suyo y crear una nueva identidad.

CONCLUSIÓN

La carga de Juan Tomás Ávila Laurel es una manifestación de lo que Edward Said propone en la introducción de su libro *Culture and Imperialism*: “[...] narrative is crucial to my argument here, my basic point being that stories are at the heart of what explorers and novelists say about strange regions of the world; they also become the method colonized people use to assert their own identity and the existence of their own history” (xii). Ávila Laurel ha subvertido el discurso hegemónico para desmitificar la imagen superior del europeo con la deconstrucción del personaje de Navarro. Las enfermedades del representante del colonialismo son una manifestación física de la índole destructiva del proyecto colonial. Por otra parte, las relaciones que Navarro tiene con los personajes femeninos sirven como una metáfora de la decadencia moral y del abandono por parte del colonizador cuando la colonia ya no sirve más los deseos de la metrópoli. Ávila Laurel refuerza su crítica del colonialismo con su discurso sobre el medioambiente. La destrucción de los bosques a causa de la avaricia paralela la misma destrucción de la colonia misma. Aunque el medioambiente no puede mostrar su resistencia a través de las palabras como Ávila Laurel, resiste el colonialismo al negarse a producir más después de años de abuso. Desgraciadamente los que sufren más son los guineoecuatorianos actuales. Su narrativa le da otra perspectiva válida sobre el impacto persistente del colonialismo en la actualidad. La Guinea Ecuatorial de hoy, un país bajo más de cuarenta años de dictadura, es el resultado del esfuerzo colonizador de los españoles. Aunque *La carga*

critica a los españoles por su papel en la historia de Guinea Ecuatorial, la novela misma es a la vez una muestra de que algunos guineoecuatorianos como Ávila Laurel saben que los únicos que pueden cambiar el futuro son los guineoecuatorianos mismos. En conclusión, al revisar el discurso hegemónico Ávila Laurel se une con otros escritores revisionistas que son “practitioners of ‘history from below’ who professed to counter the history of the victors with that of the vanquished” (Gallagher and Greenblatt 53). Mientras que sí está claro que *La carga* es una forma de *counterhistory* su verdadero triunfo será cuando forme parte del canon literario hispánico porque dejará de ser “counter” y será parte del conocimiento dominante.

OBRAS CITADAS

- Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths y Helen Tiffin. *The Post-Colonial Studies Reader*. 2nd ed. Nueva York: Routledge, 2006.
- Ávila Laurel, Juan Tomás. *La carga*. Valencia: Palmart, 1999.
- Gallagher, Catherine y Stephen Greenblatt. *Practicing New Historicism*. Chicago: The U of Chicago P, 2000.
- Lewis, Marvin A. *An Introduction to the Literature of Equatorial Guinea: Between Colonialism and Dictatorship*. Columbia: U of Missouri P, 2007.
- Oyewùmí, Oyèrónke. *The Invention of Women: Making an African Sense of Western Gender Discourses*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1997.
- Plumwood, Val. “Decolonizing Relationships with Nature.” *The Post-Colonial Studies Reader*. 2nd ed. Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, eds. Nueva York: Routledge, 2006. 503-506.
- Rizo, Elisa. “La carga de Juan Tomás Ávila Laurel: novela historiográfica poscolonial guineoecuatoriana”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 8 (2004): 197-204.
- Scholz, Susanne. *Body Narratives: Writing the Nation and Fashioning the Subject in Early Modern England*. Nueva York: St. Martin’s Press, 2000.